

Investigación

La Legua, territorio de identidades violentadas¹

LA LEGUA, A TERRITORY OF VIOLATED IDENTITIES

Paulo Álvarez Bravo

Docente de la Universidad de Chile y de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

Email: pauloalvabra@gmail.com

Resumen

Lo mejor que pudiera tener este escrito se nutre de los recuerdos y testimonios de pobladores de La Legua, en especial de Legua Emergencia. Han sido sus permanentes muestras de afecto para conmigo y para con sus propios recuerdos lo que permite decir lo que se expone; su intensa trayectoria histórica, envuelta de luchas, anhelos, cofraternidades, dolores, engaños, muertes y vidas que cruzan la existencia entera explican mucho de lo que son.

El espacio territorial parece advertir la urgencia de la vida, el trato indiferente sino punitivo del Estado cuya propuesta más visible se resume en políticas de intervención de carácter militar primero (1973-90) y luego, de carácter eminentemente policial (2001 hasta el presente), complementan la violentación que el narcotráfico alienta envolviendo todo, en una cultura desgarrada en su riqueza identitaria, valórica y humana.

La forma de pensar y hacer ciudad, las políticas públicas del Estado para los históricamente marginados no agotan su producción de exclusión. Los diferentes apartados de esta exposición, dan cuenta de una pluralidad de identidades que entre la sobrevida y la agonía advierte cambios profundos en su fisonomía. Como corolario, y en un guiño literario, la vida de uno que vivió y murió entre ellos.

Palabras claves: pobladores, territorio, violencia, lucha, exclusión, memoria.

Abstract

The best that this text could have, it feeds of La Legua people memories and testimonials, Legua Emergencia especially. Their permanent displays of affection for me and their own memories have been that this text exposes; their intense historical trajectory full of fight, wishes, co fraternities, pains, wiles, death and life that cross and explain what they are.

1 Una versión previa de este texto fue presentada en el marco del Seminario de Resistencia Territorial realizado en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano el año 2005.

The territorial space seems to notice urgency of life, punitive and apathetic government treatment which propose firstly, in a summary way, a policy military intervention (1973-90) and then, an eminently police interference (2001 until now) complement the violence that drug trafficking encourage involve everything, in a culture torn in its richness, value and human identity.

The way of thinking and built city, government public politics about the historically marginalized don't stop their exclusion production. Different parts of this text show a plurality of identities between agony and survival that try to warn deep changes in its physiognomy. As a corollary and in a literary wink somebody's life that lived and died between them.

Keywords: landers, territory, violence, fight, exclusion, memory.

Identidades Legüinas

Grupos humanos que vivían en condiciones miserables fuera del perímetro céntrico de la capital son los que dan vida a la población La Legua. Eran parte de las multitudes del país y de la ciudad que el sistema había reproducido en cantidad rotativa y sin contrapeso alguno hasta bien entrado el siglo XX. Durante todo este tiempo las élites y la clase política se ocuparon de engrosar sus arcas privadas y generar un dispositivo de control que pudiese asegurar su dominio hegemónico a través de la represión y la ley, pero sin consolidar una legitimación social, un orden económico eficaz y una institucionalidad con proyecto a largo plazo.

Los distintos gobiernos se esmeraron en mostrarse impermeables a las demandas sociales, reduciendo las posibilidades de negociar con otros sectores, a no ser que fuesen los hegemónicos. Su intransigencia fue evidente en cada una de las movilizaciones obreras y campesinas, para con las cuales utilizaron indiscriminadamente la violencia a través del ejército, y luego a través de una especie de cuerpo policial llamado Guardia Civil. El déficit de ciudadanía que el Estado estimuló, limitó el desarrollo del país porque extirpó capacidad de soberanía, porque limitó los anhelos y sueños colectivos, hasta que no pudo contener más el avance y luchas de los trabajadores organizados, de las mujeres, los estudiantes y representaciones políticas divergentes a las dominantes,

lo que fue asumido parcialmente a fines de la década del 30, cuando la presión de las mayorías obligó al Estado a crear políticas benefactoras para contener los pequeños estallidos que de un lugar a otro aparecían.

Las poblaciones callampas y los arranchamientos fueron proliferando en las ciudades de Chile, empujados por la gran recesión de 1929, la decadencia de la industria del salitre y la desestructuración de la vida rural. Santiago explotó, entre otras cosas, producto de las tomas y los loteos de terreno, que empezaron a ser una constante después de 1940. El Estado público al servicio de privados no pudo detener los asentamientos espontáneos y masivos al norte de la ribera del río Mapocho y del cerro San Cristóbal, en las inmediaciones del cerro Blanco, del Zanjón de la Aguada y del sur del Estadio Nacional.

La comuna de San Miguel, creada a fines del siglo XIX, y antes catalogada como un espacio periférico donde se desarrollaban actividades rurales, pasó a tener en menos de siete años la mayor cantidad de familias en condiciones vulnerables (De Ramón, 2000). Ocupando un lugar más dentro de su gran extensión espacial, se conformó la población La Legua.

La Legua es el resultado de tres procesos temporales y migratorios distintos que convergieron en lo que era la periferia sur de Santiago en la primera mitad

del siglo XX, más precisamente entre los años 1922 y 1949. Cuando nos aproximamos a conocer sobre ella, hablamos de elementos originarios distintos que, sin embargo, habitan un territorio común enmarcado en un polígono cuyos límites son difíciles de establecer con nitidez. Esto ha dado pábulo a confusiones que incluyen dentro de su territorio a otras poblaciones que no le pertenecen (como la Aníbal Pinto –1954– y la Policarpo Toro, –1965). La Legua limita al Norte con la calle 1 de Septiembre, al Sur con la calle Rodillo cuya continuación hacia el poniente es la calle Mataveri, al Este con Avenida Las Industrias y al Oeste con Avenida Santa Rosa, aunque en algunos espacios en ese punto cardinal lo hace con la calle Cabildo, pues Santa Rosa está parcialmente ocupada por paños industriales.

A una hora pie, a 5.572 metros al sur de la Plaza de Armas, a una legua de distancia se emplazaba el ex fundo La Legua de Macul, lugar que bautizará y cobijará al espacio en que miles de personas se fueron asentando, constituyendo un todo que no obstante su misma denominación como población contiene orígenes, perspectivas y formas de sociabilidad singulares que le dan identidad a una de las más conocidas poblaciones de Santiago de Chile.

El año 1982 la población deja de ser parte de la comuna de San Miguel por el DFL N° 13.260 del año 1981, quedando incluida en la nueva comuna de San Joaquín. El Censo del año 2002 decía que los tres sectores que componen la población La Legua tenían un total de 14.011 habitantes. De cada uno de esos sectores, Legua Emergencia concentraba niveles de “muy alta pobreza” lo que a su vez se vinculaba con una alta vulnerabilidad y casos de indigencia. La situación hoy no ha cambiado. Otras facetas que subraya el empobrecimiento de ese sector son los altos niveles de inactividad y de habitantes que están privados de libertad, a lo que habría que agregar una creciente población que envejece sin mayor sustento ni renovación generacional.

Si bien los pobladores comienzan a tejer una experiencia de vida más o menos común, a partir del asentamiento definitivo de los colonos del sector Emergencia (1957), existen no sólo cuestiones tempestivas que distinguen y particularizan su trayectoria, sino también aspectos formativos y socio-culturales que potencian esa diferencia. No obstante lo anterior, producto de su proximidad espacial y de condiciones de infraestructura urbana común, comparten una manera de vivir y sentir su alrededor afín, lo que se ha proyectado en luchas comunes. Por ejemplo, todo el territorio de La Legua tenía una parcial carencia de equipamiento urbano y de servicios públicos, altos niveles de pobreza material y marginación social, la mayor parte de la población trabajaba en forma dependiente como obreros o en la construcción, pero también en algunos servicios públicos y en la feria libre, también lo hacían en actividades de carácter informal y/o ilícitas. La mayoría simpatizaba políticamente con las ideas de centro izquierda, mantenía una relación tensa respecto al Estado y en materia religiosa se identificaban con el mundo cristiano católico y/o protestante.

Quizá es la suma de esos hechos y actividades lo que ayuda a confundir o a ignorar la diferencia que existe entre Legua Vieja (1922), Nueva La Legua (1947) y Legua Emergencia (1949). Parecen querer hacer caso omiso a sus antecedentes primarios que nos hablan de un ethos igual de diferente que los espacios domésticos que ocupan, sus proyectos de habitabilidad y perspectivas de futuro. Ahí radica el otro lado que completa la fisonomía social del territorio, pues lo que se destaca ahora no son los elementos que pudieran engendrar experiencias y sentidos de pertenencia compartidos, sino lo contrario.

Por varias razones que se combinan entre lo contextual y personal quisiera compartir parte del transcurso histórico de un sector específico de la población La Legua, Legua Emergencia. *Primero* porque no sólo es parte de la historia negada de Chile, silenciada en-

tre la maraña de historias oficiales que profesan sus discursos de memoria monopólica, sino porque es parte de la historia del mundo popular. Más aún, es parte del mundo y de la historiografía realizada en los márgenes y que se propone desde lo negado.

Segundo, porque hoy Legua Emergencia está intervenida debido a un plan gubernamental iniciado el año 2001², marcada por la violación de los cuerpos y los derechos humanos. El mencionado Plan se inicia cuando el Ministro Subsecretario de Gobierno, Jorge Correa Sutil, declaró a propósito de las amenazas de muerte de una pobladora hacía las personas que habían matado a su sobrino “que no puede haber un Estado dentro de un Estado”. Desde esa fecha hasta hoy, Legua Emergencia se ha llenado de diagnósticos, los gastos en “seguridad” se han cuadruplicado junto con la presencia militarizada de carabineros que calle por medio se asienta de punto fijo, mientras paralelamente estaciona un bus y hace rondar carros policiales antidisturbios por todo el territorio con el supuesto fin de disuadir acciones violentadoras, contener la delincuencia y proteger a los pobladores. Aparentemente desde el Estado, la abundante presencia de carabineros y la no menos confidencial de la policía civil (PDI) se explicaría con el fin de “restaurar el orden social”. El mismo orden que irresponsables políticas públicas se han mostrado incapaces de brindar apoyo, fomento y proyección hacía los marginados, dejándolos en permanente condición de exclusión.

El Estado opera desde una visión punitiva, sancionadora, invisiblemente concreta pero profunda, que recoge la sinuosa, tensa y agresiva relación que ha tenido con la población, históricamente hablando. Así, da evidentes muestras de profundizar ese camino en el presente-futuro, disponiéndose para con los pobladores desde la violentación, por tanto des-

de la negación de las vidas y posibles definiciones y maneras de sentir y vivir de los que ahí habitan.

Tercero porque hablar de la historia-memoria de Legua Emergencia (así le llaman los pobladores, sin anteponer el artículo), es una manera de resistir al domino sistémico y sistemático del olvido comprometido con los futuros amnésicos que en suma niegan la historicidad del hombre popular, del hombre que piensa por sí mismo. Asiduos con esa forma de tratar a la gente, los medios de comunicación de masas se escandalizan –quizá de modo explicable, pero no comprensiva–, con el tráfico de drogas, con los niños portando armas, con el gran número de adolescentes embarazadas. Se escandalizan de lo anterior, pero de los poderes fácticos y de los conflictos de interés no. Cuando se trata de los excluidos, escasamente dan cuenta de los mecanismos que generan las condiciones que lo provocan. Nada dicen de los grupos económicos que saquean al Estado, de las transnacionales que han devastado los recursos naturales, de los engaños de las grandes tiendas comerciales del *retail*. Lo desesperanzador es que bajo estas condiciones tampoco dirán nada sobre las empresas ocupadas en rentabilizar a costa de la precarización y vulnerabilidad de los trabajadores sus ingentes ganancias o de la impresionante especulación comercial y financiera que enriquece descaradamente a los ricos o a quiénes son los operadores y poderes formales que están detrás del narcotráfico.

Hablar de Legua Emergencia es un acto de denuncia a la sistemática violación de los derechos esenciales. Quizá hablar de ella pueda ser al mismo tiempo testimonio ante un estado de derecho en déficit, en cuanto a la convivencia democrática, las prácticas de inclusión, participación y decisión; sin mencionar la falta de transparencia y de ejercicio público de de-

2 Plan que carece de nombre oficial, pero que las mismas autoridades han llamado, cuando se han referido a ella como “Plan de Intervención”. Por lo que han declarado, sus objetivos están destinados al ámbito educación, infraestructura urbana y seguridad.

bate y sus posibilidades de proyectar lo que la gente estime o valore.

Por último, no creo que esté demás decir que hablar de Legua Emergencia es hablar de la dignidad presente en la vida cotidiana de las grandes mayorías de Chile; de la gente sencilla que aspira a ser feliz desde lo que son, que golpeados e incluso marcados por la violencia, resisten olvidarse de su condición de ser humano. A la vez, me permito decir, que desde lo que soy o creo ser, este relato es un guiño con parte de la biografía vital y con el oficio que intento cultivar: la memoria de este pueblo que es al mismo tiempo, parte de mi propia historia.

Emergencia y transitoriedad de un espacio habitacional

Legua Emergencia como espacio habitacional es el resultado de un proceso de constructibilidad iniciado por el Estado a partir de un programa desarrollado por la Caja de la Habitación Barata el año 1947, que concebía la realización de una serie de casas de emergencia en diferentes zonas del país (Álvarez, 2003a). En el papel, estas viviendas serían el primer paso constructivo para que los sin casa pudieran obtener una vivienda de carácter definitivo a la que se agregarían futuras inversiones y mejoras. Su construcción significó una suma parecida a la de otros sectores en construcción, como la población Dávila, y su diseño estaba orientado para un grupo familiar de tres a cinco personas, que vivirían en el lugar luego de acreditar una serie de condiciones sociales (certificado patronal de comportamiento y sueldo, libreta de registro civil, certificados de personas que acrediten los buenos antecedentes del postulante, entre otras exigencias) que justificaban la entrega.

Edificada en dos partes y con materiales de construcción distinto para cada una de ellas, se levantan "Legua Emergencia I" y "Legua Emergencia II". La primera se trazó desde las calles Santa Elisa por el poniente hasta la calle Sánchez Colchero por el oriente,

comprendiendo siete cuadras. Según datos que se encuentran en el "Resumen de roles. La Legua N° 1" (1950) fue Ema Drimis Obregón la primera pobladora el año 1949. En seguida se construye "Legua Emergencia II", desde la calle Venecia por el poniente hasta la calle San Gregorio por el oriente, comprendiendo a tres cuadras, que comienza a ser ocupada a fines de 1950. No obstante lo anterior, el proceso de asentamiento de uno y otro sector tendrá importantes reacomodos hasta el año 1957, fecha en que la trama urbana de Legua Emergencia es más compacta, componiéndose de diez calles trazadas de norte-sur y una calle trazada de oriente-poniente acompañada de dos calles en cada extremo que resultan ser verdaderos callejones.

Muchas de las primeras familias del sector I son las que más tarde se trasladarán al sector II, motivadas por la mejor infraestructura y algo más de espacio. Los dos sectores tienen un total de 1.010 casas, albergando en ese tiempo a aproximadamente un total de 3.242 habitantes (Memoria de la Caja de Habitación, 1950). Hoy en día existen muchas casas con ampliaciones de segundo piso, casas abandonadas, traspasadas y vendidas, ocupadas y reocupadas por otras personas.

La casa predominante fue hecha con tabiques de madera y algunas columnas de hormigón. Todo en un ancho que no alcanza los 4 metros y un largo de cerca de 12 metros: "[...] el baño y el nicho de cocina están techados, el espacio de la entrada queda al aire libre, formando un pequeño "patio". El baño cuenta con una taza y un estanque de agua, además hay un "pollo" (parrilla a leña o carbón) y una pileta, preinstalados en el nicho de cocina. El cierre hacia la calle y hacia el vecino se hace por una pandereta de 1,80 m de altura, hecha de un sistema de elementos prefabricados conformado por pilares, en los cuales encajan elementos rectangulares de hormigón armado. El espacio de la entrada está al nivel de la calle y queda, como ella, sin pavimentación u otra

superficie dura. El baño y el nicho de cocina se construyen, igual que el *living* y el dormitorio, encima de una plataforma de concreto bruto" (Jakel, 2004:18).

Los colonos de Legua Emergencia provenían de diferentes puntos de la capital. Dispersos por Santiago, colindantes la mayoría a las fuentes de agua y espacios naturales como los cerros, conocían de cerca los conventillos y cités que proliferaban en Santiago. "Venían obreros, albañiles, pintores, constructores, yeseros, hueseros, pajareros, artesanos, cargadores, feriantes, choferes, carniceros, ambulantes, desocupados, "pelaos." Llegaron junto a sus mujeres quienes desarrollaban las más variadas y a veces, hasta las mismas actividades, generalmente con uno o más hijos a ocupar por vez primera en su vida lo que llamaban casas. Trajinados por una vida sin concesiones terminaban de formar hogares numerosos donde la necesidad de comer y abrigarse los arrojaba a la calle desde muy niños para dejar de serlo más pronto de lo que debieron" (Álvarez, 2003b:4).

No es extraño que sean las riberas del Mapocho y luego las del Zanjón las vertientes geográficas que permiten fijar dos cosas: Primero saber que el componente humano más amplio que da vida a la población proviene de allí y segundo, abrir y cerrar los ciclos temporales que comienzan con la ocupación de "Legua Emergencia I" el año 1949, continuando con "Legua Emergencia II" a partir de 1953. La suma de ambos sectores completa un ciclo marcado por un proceso ocupacional lento y confuso compuesto por momentos importantes hasta el año 1957, momento en el que Legua Emergencia conforma un espacio compacto y definido fuertemente por el carácter de su gente.

El problema de la documentación y fuentes para reconfigurar la historia de un lugar, sobre todo si ese lugar pertenece a los sectores marginados del país, siempre es un tema, pero también un desafío (salir de la derrota de no escribir sobre su memoria es parte de ello). Desde ahí que los relatos testimoniales que anteponen el recuerdo personal y la vivencia

de las personas presten especial utilidad para recomponer trayectorias, prácticas sociales, proyectos, mentalidades y sentires. "Cuando llegamos, la población parecía un hormiguero, la gente iba de un lugar a otro mejorando sus casas o consiguiendo lo que podía para darle de comer a los niños. La gente cuenta que venían de lugares cerca del río Mapocho, pero yo venía del Salto. Aquí estaba repleto de niños que jugaban en las calles y que como son así, se hacen amigos en todas partes entonces jugaban entre ellos y eso provocaba que nosotras las mamás nos conociéramos y empezáramos a compartir, a conversar y a participar de las cuestiones que aquí hacía la junta de vecinos o el club deportivo o que el padre Fernando invitaba. Había mucho entusiasmo, éramos jóvenes y pensábamos que teníamos que ser felices" (entrevista a la señora Mercedes Gutiérrez, 2003). En efecto, los pobladores de Legua Emergencia llegan desde los puntos citados por la pobladora, pero también lo hacen de lugares como Manzana del Alto (Matucana), de la población O'Higgins –cerca de Vivaceta–, del Zanjón de la Aguada, desde la ex población Colo Colo, desde el Pino Alto y Bajo, así como también desde el Estadio Nacional, que había sido ocupado como albergue provisorio luego de las inundaciones de los ríos y canales de la capital.

Para la gran mayoría, estas casas significaron un cambio en sus condiciones de vida y en sus posibilidades. María Rojas recuerda que "Para mí estas casas eran como un palacio, cuando las vi me puse a llorar porque no podía creer que iba a tener un baño con ducha y WC, cuando llegue con mis cuatro hijos no tenía plata ni para una ampolleta para la casa, pero el cuidador me prestó una hasta que pude comprarla" (Álvarez, 2003b: 7).

Aunque no todos pensaron así y consideraron que llegaban a un terreno baldío donde la soledad abundaba, Fidel Reyes y Jorge Moya agregan "Cuando llegamos aquí estaba todo cerrado, era una población de emergencia, todo estaba bajo la vigilancia de la constructora, no había pavimentación, era como ir

al club hípico a ver pesebreras. Entonces llegaba uno y le decían esta casa tiene que usarla usted, todos los adelantos los hicimos nosotros los que llegamos porque no había, pero tampoco teníamos donde ir" (Ibid, 8).

Cuando los pobladores testimonian y declaran lo que retrospectivamente hallan en sus recuerdos, un hábito de la melancolía les sacude advirtiéndoles que han conseguido algunas cosas, por ejemplo sobrevivir; pero eso no ha evitado sentirse desdichados por la incapacidad de modificar mucho de lo amargo de su destino y el de los suyos. "Mirar atrás es ver la miseria en la que me crié junto a mis hermanos, volver a ver situaciones de violencia que se daban en la calle o en las familias, la falta de comida. Aunque también al mirar atrás veo cosas bonitas que hoy tienen mucho valor para mí, como el esfuerzo que hacía mi mami para que fuéramos felices, tuviéramos dónde divertirnos, tuviéramos un par de zapatos o fuéramos al colegio. Los cabros de hoy reemplazan el tener cosas y los afectos desaparecen" (entrevista a Alejandro Núñez, 2003).

Siguiendo la trayectoria espacial de los que poblarían Legua Emergencia es posible comprender el carácter itinerante que configura la identidad de los legüinos. Ellos, como cualquiera que forma parte del ancho contingente de pobres, no eligen dónde vivir. Cuando las generaciones posteriores son capaces de entender aquello, ayudan a construir puentes comunicativos que alimentan un camino más comprensivo de la historia. "Mis viejos habían sido pobres toda su vida, vivían de allegados, de un lugar a otro hasta que encontraron esta casa y pudieron establecerse. Ahora que lo pienso es una gran cosa tener casa, aunque ellos siempre tuvieron miedo de que se la quitasen. Seguíamos siendo pobres, con contarte que mis vacaciones eran tomar sol y bañarme en el Zanjón de la Aguada los meses que duraba el verano" (entrevista a Camilo, 2003). Entender el pasado, así como apropiarse del espacio habitado, es una ventana hacia el sentido de pertenecía.

La primera generación de pobladores de Legua Emergencia cambió de espacio. Se habían trasladado desde el norte de la capital para habitar la ex tierra rural del sur conformando la periferia urbana. Habían dejado amigos, vecinos y recuerdos, motivados por el sueño de lo propio y de algo mejor. Sin garantía de estabilidad se encontraban ahora tan lejos de lo que fueron y de lo que pensaron efectivamente dejar, que mirar las condiciones de su alrededor inmediato y seguir entre el hacinamiento, la pobreza, la delincuencia y los niños que mueren tempranamente, les hacía sentir que esto había sido un engaño. El Estado le había prometido mejores condiciones de vida y la posibilidad de un futuro mejor, pero todo era carencia. Para otros vecinos sin embargo, efectivamente esto era un regalo, cualquier cosa era mejor que seguir compartiendo sueño entre las lonas de la carpa o del rancho con ratones y piojos, inundaciones, aguaceros, pestilencia y enfermedades. Seguían enfermos y hacinados, pero ahora estaban cubiertos por un techo, con paredes y límites. Seguían siendo pobres porque los mecanismos que significarían convertir, transformar y resolver las condiciones que provocan la pobreza no habían cambiado.

Las redes familiares, un tejido que no termina

Somos una gran familia dicen los legüinos. En algunos sentidos eso se confirma. Los hijos e hijas de los colonos se han casado entre sí y la conducta se ha replicado en el tiempo, extendiéndose los lazos familiares a generaciones y vínculos que el presente no sospecha. Otros elementos que pudieran hablar de esa "gran familia" hacen alusión a los gestos sociales de solidaridad y fraternidad sobre todo en los momentos más difíciles en la trama global, como lo fue el inicio de la población, la dictadura de Pinochet y el sistemático abandono de decenas de personas producto de la pobreza indigente, la droga y la soledad de los niños, porque muchas y muchos viven en condición de carestía o sus padres están privados de libertad.

Las Ollas Comunes, los Comedores Solidarios, los Comprando Juntos, los Desayunos para Jesús, la iniciativa liderada por Anita Goossens, Cristo Especial y las espontáneas colectas por algún vecino en desgracia, incendios o fallecimiento son ejemplos concretos que perviven o se han renovado para solidarizar y enriquecer los lazos humanos. Hay que agregar a estas formas de solidaridad los momentos de recuerdo social, la voluntad de recordar colectivamente, los actos conmemorativos en relación al golpe militar del 11 de septiembre de 1973 y los asesinatos cometidos durante la dictadura. También están los momentos de festejo social, como la navidad, el fin de año y el dieciocho, cuando se adornan los pasajes y uno que otro vecino saca la radio a la calle para que todos compartan hasta muy tarde, a lo que se adiciona las iniciativas festivas de organizaciones locales para dar color a la gris e impune violencia narcótica y policial, con festivales y carnavales en diferentes momentos del año.

La familia popular es por definición ancha y larga, sobre todo en una época sin políticas de fecundidad ni uso de sistemas de anticoncepción. Lo que da carácter a las familias de Emergencia es la simbiosis entre parejas de una calle a otra, lo que ha ido dibujando un árbol genealógico enmarañado: "Me casé con el Toño cuando aún no cumplía veinte años, éramos vecinos, él vivía frente de la casa de mi tía, pero así como nosotros me parece que siete u ocho de los nueve hermanos de él se casaron con otras niñas de la población" (entrevista a Rosa Valdebenito, 2003). Además en el reducido escenario público, con calles que se comparten y comportan como la extensión natural de casas pequeñas y hacinadas, los vecinos se reconocen, juegan y crecen juntos, muchas veces desde ahí surge el amor enamorado y matrimonios o vidas en pareja. Las familias de vecinos interrelacionan mucho entre sí, en la calle y en las diferentes organizaciones que se van construyendo.

Las familias que se irán formando se van quedando en la misma casa o muy cerca del hogar de sus pa-

dres. En ese contexto, las casas se van haciendo cada vez más pequeñas, los servicios públicos lejanos, los espacios de recreación al igual que la infraestructura urbana y la estética del territorio se tornan en una lucha sin éxito aparente. La mayoría de los pobladores deseaba terminar o cambiar esta situación, también muchos deseaban vivir y construir experiencias alejadas de los dolores que los marcaron en su niñez.

De lo difícil que resultó para gran parte de los pobladores llegar y quedarse en Legua Emergencia, se pasó al problema creciente del hacinamiento que muchas veces dio paso a situaciones de maltrato sexual y familiar. Las familias se mezclaron en la población tejiendo una intrincada combinación de parentescos y haciendo característico no sólo la composición numerosa de las mismas, sino las vicisitudes de la sobrevivencia expresadas en dificultades económicas, laborales y alimenticias.

Los niños salían a temprana edad a la calle a trabajar, a conseguir pan. La muerte de recién nacidos o en proceso de gestación no era excepcional, como tampoco los golpes, ni las imposiciones violentas del hombre sobre la mujer, dentro y fuera de la casa, debido al machismo, a peleas entre los niños, borracheras, apuestas o broncas pendientes.

Existen algunos elementos comunes, no tan sólo en las condiciones materiales de enfrentar el crecimiento de los hijos o del contexto socio-ambiental con que les toca vivir sino, también con la manera en que se van constituyendo las familias futuras. El peso de la exclusión puede funcionar como herencia reproductora de una formación dura, distante en afectos y maltratadora. Así, muchos pobladores reconocen infancias difíciles (traumatizadas) marcadas por la violencia intrafamiliar, el trabajo infantil, el alcoholismo y la drogadicción. Todas ellas son generadoras de soledad, desafecto, incomunicación y agresividad. Paralelo a ello el acceso a instancias de movilidad social es limitado o exiguo, no sólo por la carencia de posibilidades sino también por una calidad deficitaria en la educación: los colegios en la po-

blación eran pocos y malos, el abandono escolar alto y el horizonte de formación superior excepcionales, a lo que hay que adicionar precarios contactos con manifestaciones o creaciones culturales.

Pero el panorama que ofrece la actualidad no es mejor, ni auspicia futuros optimistas. Es verdad que salda algunas deudas y empata algunos déficits como la escolarización y la atención en salud, pero ha sido incapaz de revertir las lógicas de exclusión. Después de un tiempo de conquistas y esperanzas que valoraban inclusivamente a los sectores populares (fines de los 60, principios de los 70), el repliegue del Estado para con su responsabilidad social –y en especial para con los excluidos de siempre–, es concreta desde la dictadura hasta hoy. Quedó situada, como la mayor parte de las cosas, en las lógicas de mercado, lo que aumenta el quiebre existente entre estado-sociedad. El mercado decide mano de obra barata masiva, rotativa y flexible. Salir de la pobreza, se compra.

Quiero recordar aquí, que la primera razón que explica el inicio del narcotráfico y su peso específico en lugares como La Legua, es la pobreza empobrecida. En segundo lugar se ubican otros factores como ser parte de una cultura donde lo ilícito es cotidiano. Ser pobre ayer y hoy ha significado no pocas veces asociarse como traficante de turno, soldadito o sicario. Luego de eso quizá es posible sentir el omnívoro poder alcanzado, aunque en el fondo sea parte de una profunda fragilidad, quizá la misma que explica que en poblaciones como Legua Emergencia las no ganas de vivir y el sin sentido consuman a un contingente proveniente de diferentes lugares de Santiago en la droga, o de alguna manera eso pueda esbozar la explicación de que los suicidios sean una noticia recurrente. El narcotráfico criminal se ha transformado en una fuente laboral y económica local contra la que el Estado ni otros pueden-quieren competir. En una sociedad de mercado, donde el éxito y el poder parecen ser cada vez más importantes para demostrar ser, el miedo, la censura, la soledad y la

desconfianza generan huellas con que las generaciones futuras tendrán cada vez más con que lidiar.

Gestación de una identidad poblacional

A poco andar los pobladores de Legua Emergencia podían advertir, sin decirlo, que los unían condiciones comunes como la pobreza, el gran número de integrantes familiares, los trabajos asalariados precarios, algunas actividades ilícitas, el temprano abandono de la escuela y una vivienda que para muchos era todo y para otros era la continuación de la vulnerabilidad desde donde provenían. Más allá de la diversidad de los vínculos, un contradictorio factor común aparecía en medio de signos de violencia: el respeto y la solidaridad entre los vecinos.

Durante la década del 60, la sociedad chilena y entre ellas el mundo urbano poblacional vivía con efervescencia su realidad. Parecía el momento oportuno para que muchas demandas, postergadas y devaluadas por el paso del tiempo y el olvido intencionado del poder dominante, pudiesen abrirse camino consiguiendo mejoras concretas, mayor participación e integración a nivel del tejido societal. Aparecían nuevas poblaciones, otras comenzaban a plasmar un carácter identitario más definido como era el caso de cada uno de los sectores que componen La Legua.

Las creaciones y organizaciones vecinales fueron más prolíficas que el Estado. En 1960 el espacio eriazado que desembocaba en punta de diamante entre Karl Brunner y Nuño da Silva se convertirá en la capilla *Nuestra Señora de la Paz*, luego de la “campaña del ladrillo” iniciada por el párroco Fernando Ariztía. El amplio espacio, entre medio de las casas de la calle Juegos Infantiles dará paso en 1964, a una franja de área verde (la única de la población) a la que años más tarde se le instalarán juegos y finalmente una cancha de *baby* fútbol. En la misma calle se erigió la sede de la Junta de Vecinos, que luego se mudará a la esquina de la calle Venecia con Rodillo. El lugar dejado por ésta se transformará en Consultorio y actualmente en sede de la ONG La Caleta.

Los clubes deportivos (Pacífico 79, Venecia, Condo-rito, Santa Elisa, Río Seco, Norambuena, entre otros) junto a los almacenes (clandestinos, peluquerías, carnicería, bazar, carbonería, ferretería, pajarería, panaderías, abarrotes) y una gran cantidad de personajes que se dedicaban al comercio ambulante, avisando su paso con un grito característico, (buhoneros, moteros, amasadores, vaciadores, hueseros, heladeros, etc.) proliferarán hasta que el tiempo o la modernidad del presente los absorbió y los renovó con vendedores de helados, maní, algodones, roscas y barquillos.

La calle ha tenido y tiene un rol central en las vivencias de las cerca de seis generaciones que han pasado por esta población, producto de lo precario y pequeño que es el espacio interior de las casas, ésta se utiliza como prolongación de la vida doméstica. Ahí, aun tienen lugar los juegos de los niños, se asienta la feria local, se viste de fiesta para la navidad y fin de año y, de vez en cuando, grupos de personas se apostan en las esquinas para conversar la vida, incluidos los traficantes que se pelean el territorio. Los autos pasan desordenadamente, a veces la muerte y frecuentemente, desde hace más de dos décadas, las balas.

En definitiva, la capilla católica, el templo evangélico, los clubes deportivos, la Junta de Vecinos, las agrupaciones de mujeres y jóvenes catalizaron a un gran número de pobladores alrededor de ellos, lo que dio vida, valoración y peso social a la población, logrando de paso conquistas importantes, como por ejemplo la tramitación para la obtención de los títulos de propiedad. De esa serie de agrupaciones muchas han dejado de funcionar. No obstante ayer y hoy, han incluido también el ambiente del hampa que es reconocido como un actor más del paisaje humano poblacional, no sin diferencias, no sin prejuicios ni distancias.

Es clara la conciencia por parte de los propios pobladores, de una convivencia entre formaciones u op-

ciones valóricas y de vida distintas. Unos dedicados preferentemente al trabajo dependiente asalariado y otros a actividades no sólo diferentes sino contrapuestas, desde el punto de vista de lo establecido como correcto y valóricamente reconocido por la sociedad en general: lo ilícito y sus multifacéticas formas de expresión.

La relación que surge desde ahí, la mezcla cultural, familiar y normativa que se provoca es la que constituye la trama profunda de la historia de Legua Emergencia. En cada uno de los espacios, en cada calle, en cada organización y actividad, en cada grupo familiar, en cada problemática no resuelta, emerge un sincretismo cultural que compone su identidad.

Mencionábamos en los párrafos anteriores que la memoria en La Legua ha sido un ejercicio más o menos permanente. Razones no faltan para convocarla, posiblemente la más íntima y simbólicamente significativa es la que tiene que ver con el golpe militar de 1973 y la larga experiencia de la dictadura. Por una parte los testimonios de los pobladores y por otra parte la literatura que menciona a la población dejan claro lo tenaz que fue para los que ahí habitaban. Se habla de un posible bombardeo (Teitelboim, 2000), de escaramuzas y actos de rebelión que ocuparon las calles de la población como escenario, de situaciones de humillación y asesinatos.

Legua Emergencia será cruelmente tratada, una verdadera *razzia* antidelictual (López, 2000) y hechos de terror se impregnaron en la vida de la gente. La sociabilidad jamás volvió a ser la misma (Informe de Verdad y Reconciliación, 1991). En los umbrales de las puertas de sus casas, en alguno de los pasajes de la población, en un ambiente de desesperación y pánico, los pobladores eran tratados inmisericordemente, los varones fueron llevados a las canchas del Pinar y muchos de ellos engrosarán diferentes centros de prisión política y tortura, desde donde algunos jamás volverán.

La dictadura cívico militar de Pinochet reprimió fuertemente a los sectores populares y en particular a poblaciones como La Legua. Ahí, en los tiempos de movilizaciones sociales de protesta en la década del ochenta (Álvarez et al., 2000), un doble proceso se desarrolló; La ocupación del espacio callejero por los jóvenes manifestándose en contra del terrorismo de estado y el avance inaudible y cada vez más amplio del negocio de la droga, que porosa se instala en la vida poblacional con la anuencia y promoción de agentes militares vinculados a organismos represivos.

La droga de los sin nombres, la pasta base, la droga de los que sobran, de los más, se masificaba reemplazando al neoprén como principal elemento de consumo. Legua Emergencia se convierte en el centro del narcotráfico nacional y las lógicas, prácticas y lenguaje narco se expande. Una actividad lucrativa rápida, acompañada de cerca por una serie de nuevos y temerosos signos de muerte; las armas, las balas, la corrupción y la violentación crecieron tan rápido como se evaporaban los viejos y aparentemente estables principios de convivencia basados en la solidaridad y el respeto.

La actualidad da cuenta de un Plan de Intervención estatal de carácter eminentemente policial que reduce claramente las posibilidades de acción no sólo de los traficantes, sino de los pobladores en general. El Estado ensaya su política de seguridad desmantelando el sentido cívico de los habitantes. Entre el mundillo narco y la policía, ambos ejecutores de

situaciones de abusos de poder y trato deshumanizante, la mayor parte de los pobladores quedan expuestos mientras el gobierno da la impresión de estar realizando el trabajo con que la acrítica sociedad civil queda tranquila. La desconfianza con su nudo de miedo implícito teje las relaciones humanas, proyectando un vacío de futuro coherente con la carencia de narraciones colectivas y de memorias sanas.

El país y las personas que hacen el país han visto hipotecado los sueños colectivos, ni el país ni la sociedad se sueñan, la ciudad es reflejo de aquello; el equipamiento urbano precario y de mala calidad que configuran el barrio, las calles y los espacios públicos ayudan muy poco al encuentro y a la convivencia social. La ciudad está diseñada para mantener el *status quo* social caracterizado por la segregación. En los espacios pertenecientes al mundo popular esto es más evidente aun, provocando que la desigualdad social fortalezca las lógicas de exclusión, clasismo e inequidad que ni el Estado ni los ingenieros de la urbanidad se han ocupado realmente de cambiar, añadiendo de ese modo violencia estructural a las dinámicas de violentación, La Legua es un buen ejemplo de aquello. Estamos hablando de violencia, llegado a este punto se debería estar dispuesto a analizar las condiciones y los elementos que la configuran, revisar los recursos y los medios que delatan su origen para que los juicios morales y éticos al respecto sean distanciados, o por lo menos matizados por la experiencia del otro.

A modo de epílogo

Los mayores de La Legua, los hoy viejos y viejas de la población, recordarán que caminar hace cincuenta años atrás por las calles de este territorio era hacerlo por calles encerradas por barreras que la encajonaban; una población nueva, alumbrada apenas con

faroles y mantenida por un generador, dos calles pavimentadas y el resto de tierra, sin áreas verdes, con alcantarillado y servicio de agua potable, casas pequeñas interrumpidas por sitios eriazos que paulatinamente irán siendo ocupados por representa-

ciones organizacionales o servicios destinados a la atención de los vecinos.

Una vez asentados en la población, algunos vecinos se dan cuenta que sí querían conseguir cosas debían luchar por sí mismos, porque sí bien es cierto el Estado empezó a partir de 1939 a tomar medidas de integración social más efectivas, aún estaba más preocupado por ampliar su presencia, lo que no significaba asumir las necesidades de los sectores históricamente desplazados de la riqueza y el crecimiento del país. En particular, algunas familias se dan cuenta que si quieren quedarse en la población tienen que pelear por la propiedad de la vivienda, lo que genera que se organicen, tal cual la experiencia les enseñaba, lo que se une a la manera que tiene la gente de construir procesos de conciencia. Las luchas de los pobladores, sus triunfos y derrotas, son parte íntima de su identidad, la obstinación de sus riesgos y la adversidad son parte de ello. En el fondo, contenidas en cada una de sus construcciones se encuentran las manos, las proposiciones y los sueños de algún poblador o de un amigo que hizo a esa población como suya.

Muchas de las cosas que se consiguieron ya no están, algunas se trasladarán como el consultorio, el colegio o se irán para no volver a ocupar el lugar que dejaron: la fiesta de la primavera, las veladas en la Junta de Vecinos, el rol y participación en la capilla. Con ello se desvanecen hasta casi desaparecer algunas dinámicas locales; el compartir común, algunos oficios, los delincuentes que respetaban al vecino, iniciativas organizacionales. ¿No hemos hablado de las frustraciones, de las decepciones, de la pena? Algunas organizaciones desaparecerán, se desvanecerán lentamente, perderán fuerza y no las recuperarán. Al igual que en muchas otras partes del país, los sustentos e ideales que respaldaban a las organizaciones y su trabajo, la fuerza social de la gente parece haberse perdido o han sido reemplazadas por motivaciones desarrolladas en el ámbito individual, tal predicamento neoliberal. Entonces la descon-

fianza en el otro y el silencio fueron contaminando el fragor de ayer, es de esperar que la contingencia marcada por el abuso de poder no termine también con las resistencias que este territorio ha parido, el valor y arrojo que el amor suele sublimar.

Uno de los nuestros, el Rola

El Rola era un niño cuando asumió las calles de Legua Emergencia como hogar, Toño León recuerda que una vez el Rola contaba que se lo llevaron preso junto con su socio, el "Piñen" (porque era muy sucio) y se los llevaron a donde iban todos los menores por "torrantes y vagos". Era verdad que pasaban todos los días y todo el día en la calle, pero el Rola no tenía muchas posibilidades de que fuera distinto y tampoco deseaba que así fuese. No le importaba vivir como vivía porque había encontrado una manera de sentirse libre. El Rola no era preso de nadie a pesar de que muchos lo miraban, si es que lo miraban, con tono inquisidor o con desdén. Buscaba algo que comer y robaba pequeñeces por necesidad.

Detenidos, tenían facilidad para arrancarse porque las murallas eran débiles y bajas, los que llegaban ahí eran primerizos o por cometer delitos menores, lo que explicaba que debían cumplir un tiempo corto, así que a los detenidos no les prestaban mucha atención. Un día, tratando de ponerse de acuerdo con su compadre, el Rola dice "compadre Piñen ¿por qué no nos arrancamos? está la papa para arrancarse". Al toque, "Piñen" estaba arriba de la muralla pero veía que su amigo dudaba, lo apuró hasta que le preguntó por qué no subía y se tiraban al otro lado, pero el Rola contestó que era un mal día para escapar "no nos tiremos na' mejor que hoy día hay porotos así que quedémonos, comimos porotos, y de ahí nos arrancamos".

Otro día "cayó" en el lugar de siempre y veía que todos los detenidos se ofrecían para barrer la vereda y él le dijo al encargado "mi cabo ¿le barro yo?", "barra", le contestó el cabo "pero hasta la esquina no más, no

te vayai a pasar”, “no, qué me voy a arrancar si yo sé que vengo de pasá no más aquí y después cuando me lleven para el Juzgado ahí me tendrán que soltar, si yo no he hecho nada”. Le pasaron la escoba, barría y miraba, barría y miraba hasta que salió arrancando, y con la escoba, “porque así le sacaba provecho, no ve que podía venderla”.

El Rola tenía la edad de Cristo cuando murió (33 años). Pasó la mayor parte de su vida en la calle, llo-

viendo, con frío, con calor. Cuando la gente lo quería ayudar sacándolo o llevándolo al Hogar de Cristo, siempre volvía. Para él no era ayuda, entre copete, migajas, conversas fantasmales en voz alta y otras reales con las personas que pasaban por la esquina de la que se apropiaba, a veces contaba a los amigos sus andanzas y en el fondo de sus ojos claros brillaba la alegría de quien confía que está regalando algo importante, como lo que él contaba a quién quisiera escucharlo.

Bibliografía

- Álvarez, Paulo (2003a). “La voz desde el recuerdo en Legua Emergencia”. Santiago, Universidad Diego Portales.
- .(2003b). “Extracto de los orígenes de la historia y tejido familiar de Legua Emergencia”. Santiago, Universidad Diego Portales.
- Álvarez, Paulo; López, Eduardo; Rojas, Fabián (2000). “La protesta: nuestras calles, los ochenta, los jóvenes desde La Legua” ECO, (inédito).
- Caja de la Habitación (1951). “Memoria de la Caja de Habitación de 1950”, Santiago.
- .(1950). “Resumen de roles. La Legua N° 1” Oficina de regularizaciones del Ministerio de Vivienda, Santiago.
- Censo de la población (2002). Antecedentes preliminares, Instituto Nacional de Estadísticas.
- De Ramón, Armando (2000). Santiago de Chile (1541-1991): Historia de una sociedad urbana. Editorial Sudamericana, Santiago.

- Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991). Volumen I. Tomo I, Santiago.
- Jakel, Timo (2004). Los espacios habitados de Legua Emergencia. Estudio del ambiente urbano y arquitectónico de la población. Universidad Diego Portales, Santiago, (inédito).
- López, Alejandra (2001). “Victimas de la dictadura en la población La Legua (1973-1989)”. ECO, (inédito).
- Teitelboim, Volodia (2000). La gran guerra de Chile y otra que nunca existió. Ed. Sudamericana. Santiago de Chile.

Entrevistas³

- Camilo (septiembre de 2003)
- Gutiérrez, Mercedes (junio de 2003)
- Núñez, Alejandro (agosto de 2003)
- Valdebenito, Rosa (junio de 2003)

Fecha de recepción: 20 de abril de 2014
Fecha de aceptación: 30 de junio de 2014

3 Todas las entrevistas fueron realizadas y transcritas por el autor durante el segundo semestre de 2003.